

El Estado seductor

Las revoluciones mediológicas del poder

Regis Debray

Ed. Manantial, Buenos Aires, 1995.

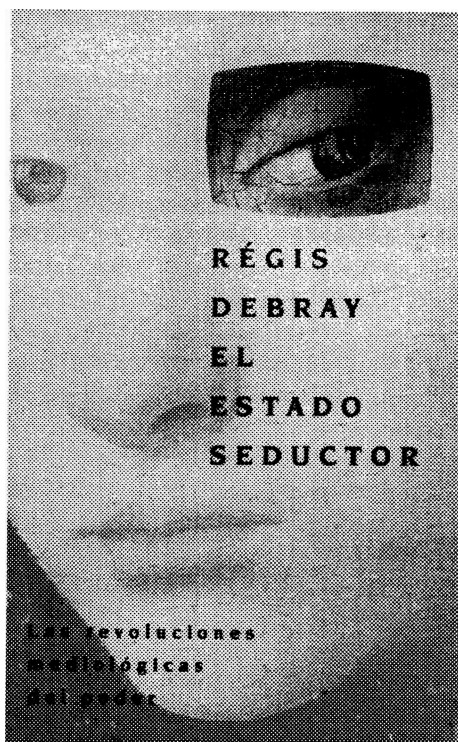
Comentario de Pablo Herrero

El autor declara desde un principio de qué va a tratar en su libro: *Mediología*, es decir la exploración de las vías y los medios de la eficacia simbólica aplicándolo a un ámbito que conoce muy bien -por haber pertenecido a él - *El Estado*.

Debray se interesa especialmente en observar cómo la producción de símbolos responde a una necesidad política, pero también cómo toda actividad política necesita producir símbolos que le den solidez a los actos del gobierno.

El autor hace un recorrido de las distintas formas técnicas y mecánicas mediante las cuales se construyen los símbolos que **impactan** en la sociedad, tanto en sus formas primitivas (daguerrotipo) como en sus formas más modernas (televisión), sin olvidar la importancia de la gráfica, la radio o el cine.

Desde un primer momento contraponen la forma clásica de la aparición de lo político como una época de costumbres y prácticas solemnes, donde lo que prevalece es la distancia que hay entre el Estado y la Sociedad Civil, aquí lo impor-



tante es lo que el símbolo transmite; frente a las formas más actuales donde los hombres de estado están al servicio de la imagen, pues ya no es la cámara la que busca captar el acto, sino que éste es provocado ante la presencia de aquella (la cámara), la distancia desaparece y el símbolo es el propio individuo en acción.

Así las nuevas formas de construcción de lo simbólico, especialmente la televisión destruye las fijaciones "sagradas" en las que se levantaba el Estado, aunque, según el autor, esto no implica que se construyan unas nuevas; y si las hay, estas fijaciones más que nada licúan y atacan a la autoridad estatal.

La televisión saca de la escena todo lo que el Estado tenía de grandioso, antes de la revolución mediática, "inflando" otros aspectos que pese a ser vistos como menores en el ámbito político, cobran espectacularidad cuando se enciende la cámara.

El tiempo televisivo, por otra parte, también marca el paso del resto de las actividades productoras de símbolos: el cine, la radio, los diarios; y la forma de acercarse a ellos de parte de los espectadores, oyentes y lectores: el **zapping** televisivo, volviéndose un mecanismo sistemático en toda la Sociedad. Ahora los nuevos reformadores políticos de la sociedad son los aparatos **técnicos** que se encuentran en torno a la televisión: video, control remoto, walkman.

Este cambio de costumbres provoca no sólo una nueva idea de Estado, sino también una nueva selección de su personal político dispuesto a pelear centímetro a centímetro, no ya el espacio del poder político, sino el espacio de la imagen; pues quién concentra las miradas, obtiene el poder.

Debray describe extensamente cómo "las tecnologías del hacer creer" son las que materializan la idea de un Estado, pues éste se concretiza a través de la imagen.

Pero él devela cómo esas tecnologías del hacer creer, penetran en los ámbitos más "sacralizados" por el Estado, como por ejemplo la educación, barriendo con todos sus dogmas y reemplazándola por la idea salvadora de la comunicación, donde la televisión; y en especial la televisión comercial juega un papel central.

Así el Estado Educador, que tuvo su génesis en la Revolución Francesa; y que llegó para aniquilar las bases del viejo Estado Monárquico, buscó llevar adelante el proceso de fijación de un nuevo orden simbólico, en el cual la república pudiese desarrollarse como una nueva forma de gobierno, o más **bién** como una nueva formación social.

Este Estado encontró su fin, en la Revolución moderna de los medios, quienes llegaron para reemplazar a la escuela, **formadora** de conciencia política; por la televisión, **formadora** de opinión pública, por donde pasan hoy los temas de la actualidad, referidos a los grandes problemas de la humanidad, el tema de la ecología y la problemática cultural; y en definitiva por donde el Estado se ve obligado a pasar pues "quien no pasa por la tele no existe"; es decir los hombres tienen acceso a los problemas de todo el mundo, se acortan las distancias pero se ensanchan los límites, pues lo visual es un lenguaje planetario.

Pero si bien este Estado existe, porque hace su aparición a través de imágenes teñidas de espectacularidad, pierde sus atributos como responsable de las decisiones políticas que se toman; cuyas responsabilidades las han atrapado los medios, que aparecen como la mediación entre los individuos y el nuevo Estado que seduce y se conmueve, pero no asume compromiso alguno.